

EL PORVENIR

Año IV.— Segunda época

VALDEPEÑAS 31 DE JULIO DE 1910.

Núm. 34.

Para el Heraldo

Aunque nos agrada más dirigirnos a todos, la cortesía nos obliga gustosos por una sola vez a dedicarle a nuestro querido colega las primeras líneas de este número.

Era cierto y no simulado, que por muchos esfuerzos imaginativos que hicimos, no pudimos traducir ni siquiera libremente el artículo que en su penúltimo número publicaba firmado por «Rito el Clásico» en cuyo artículo terminado por una ecuación charadesca, se nos aludía.

También es cierto que a todas cuantas personas interrogamos acerca de lo que quería decir el buen Rito... tampoco nos pudieron contestar satisfactoriamente; vino la solución y aunque no clara del todo, merece nuestra contestación, naturalmente que solo a los puntos á que se refiere ó creemos pueda hacerlo.

Creemos ver en los artículos del *Heraldo*, entre encubiertos ataques á nuestros concejales desde luego inmotivados, y á través de sus reticencias algunas incomprensibles, una llamada á la *solidaridad*, y clara está nuestra contestación á esto: EL PORVENIR y el partido republicano es solidario, y conste que no, nos agrada por traer á nuestra imaginación poco gratos recuerdos, la palabra, es solidario y gusta de solidaridad con todos, absolutamente, los que defiendan los intereses del pueblo y los que vayan con la razón y con el derecho.

Más decimos, labor de cultura la de la prensa y enamorados de aquella y concededores de la grandísima importancia de esta, laboraremos gustosos en favor de su prestigio y de su desarrollo.

Búsquenos el *Heraldo* por esos caminos y cuente con nuestro pobre esfuerzo y con nuestra humilde valía; ahora, no nos busque, en la labor menuda y personal, en la de destrucción sin pensamientos ni obras de reedificación, porque aunque humilde y pobre nuestro esfuerzo lo queremos emplear en cosas de más sustancia.

No le extrañará á el *Heraldo* que con esta manera de enjuiciar, le dedicaremos poco espacio, solo el preciso, á la sesión última de nuestro concejo; además de nuestro apartamiento gustoso de las cuestiones personales, somos gente delicada de estómago.

Así pues *Heraldo* si le parece buen espejo, el de los respetables Notarios, no está de más que empiece á encarrilarse, ellos van tras la dignificación de la clase y la defensa de sus legítimos intereses, siga el camino y cuente con nosotros, que siempre EL PORVENIR, será uno que luche hasta donde pueda por los intereses del pueblo y por el desarrollo y respetabilidad de la prensa local.

Atentados personales

Yo no acepto el atentado personal como medio de acción política. No puedo aceptarlo. Lo rechazan mi razón y mi sentimiento.

Entre los recuerdos de mi infancia vive con honda huella la impresión de un atentado personal.

Tres tiros disparados contra mi padre por un adversario fanático, pudieron, el día 3 de Mayo de 1874, privar á una familia del amor y el amparo de su jefe natural.

Yo no quiero entrar en comparaciones, que, en este caso, habrían de parecer en mi apasionadas.

Supuesto un criterio para determinar la licitud ó no licitud del atentado personal, ¿quién nos responde de su recta aplicación?

El que disparó tres tiros contra Pi y Margall en 1874 como el que los ha disparado ahora contra Maura, creía tener razón para realizar tal acto. Sacrificó aquel su vida disparándose á sí mismo un cuarto tiro; ha sacrificado este su libertad.

Vengador de su sociedad y su religión se supuso aquel, como vengador de la libertad ultrajada, se ha supuesto éste.

Si pudiera convenirse en la justicia del atentado en uno de esos casos aquel en que lo declarase el definidor improcedente, sería un nuevo poderoso argumento contra la peligrosa doctrina.

La revolución es un atentado contra el orden, quizá contra la vida de muchos; pero tiene sobre el atentado personal la garantía de mil dificultades para producirse. La revolución no es el mal humor ó la crueldad de uno: es la explosión que producen ciertas concuencias, es lo determinante de todo un estado social, es la casi unanimidad en la necesidad de una sanción.

La revolución no es un capricho; el atentado puede serlo. La revolución no es una locura; el atentado acusa con frecuencia una anormalidad. De las revoluciones han obtenido beneficios los pueblos, de los atentados no. Una revolución transforma, un atentado solo destruye.

Carlota Corday inmortalizó á Marat, Angiolillo á Cánovas.

Sólo se inmortalizan á sí mismo los grandes revolucionarios. Cronwell, Dantón, Juárez, San Martín. Y, sin embargo, el atentado personal no produce en mucha gente la aversión que debiera. No son pocos los que aplauden, son más los que disculpan.

Sobre las circunstancias que halla en cada caso, desde su punto de vista el juzgador, el atentado no es, en verdad, sino una consecuencia de nuestra educación pública.

Familiarizados con la pena de muerte hasta para delitos políticos, ¿qué es el atentado personal sino la aplicación de esa pena impuesta por un tribunal unipersonal ó colectivo?

Así considerado el hecho, no queda á discutir sino la competencia del tribunal y la justicia de su fallo.

Por eso se nota el fenómeno de que, al tener noticia de un atentado, se busque mentalmente los antecedentes de la víctima para someterlo á un juicio íntimo que disculpe más ó menos á su agresor; es decir, se mide la justicia, la sentencia.

Mientras no borremos de la ley el derecho á suprimir la vida, el atentado personal hallará lenidades en la conciencia pública.

Matar seguirá siendo, al fin y al cabo, un recurso lícito adoptado y consagrado por el propio legislador.

El tema de la oportunidad de la aplicación del principio quedará reducido á una cuestión de forma, será un punto de derecho adjetivo.

Si queremos que el precepto del decálogo: *no mataras* se cumpla, suprimamos el verdugo, mil veces más execrable, á pesar de su impunidad legal, que los que se atribuyen el papel de vengadores sociales.

Para que cada hombre erija en su propia conciencia un altar al respeto á la ajena vida, es indispensable educarle de modo que no se pueda crear dueño ni de la propia.

FRANCISCO PI Y ARSUAGA.

Señor alcalde, V. que quiere quedar bien como director de teria, mande regar estos días el paseo de las escuelas y la Calera. Todos le aplaudiremos y le tocará á más ahora que lo dejan solo.

IDEA LOABLE

No bien nacida á la política la agrupación «Joven España» ya hay escépticos que dudan de la eficacia de sus trabajos y recelan de que logre el intento que los jóvenes que la constituyen se proponen. Es lo de siempre en España y lo que más caracteriza á nuestra raza. Por delante de todas las cosas se pone la duda, y de los precedentes H ó B. se hacen argumentos para juzgar de los resultados de una idea. Al optimismo no se le concede nada, y nuestros jóvenes, que son pródigos en esperanzas pueriles, no conciben que de otras esperanzas un poco más útiles que las suyas se hagan hermosas realidades. Eso es, sin duda, todo lo que inspira el recelo de los detractores de la joven agrupación política. Para ellos la «Joven España» no hará nada, por la sencilla razón de que nada hicieron otros jóvenes. Ahí está toda la base de su escepticismo ó lo que sea. Si otras agrupaciones políticas de gente moza hubieran hecho algo provechoso, los detractores de ahora no dudarían y se las promoverían muy felices.

Con la vista puesta un poco más alto debían juzgarse estas saludables orientaciones de la juventud. Lo que había que averiguar no es si fracasará ó no la agrupación que nace, sino si es ó era conveniente que los jóvenes llevasen su juventud y sus ideas á la política y tomaran parte é influyeran en los negocios públicos. Eso era lo que había que poner en claro. Así, juzgada desde este punto de vista, la «Joven España» es algo útil, necesario, ya imprescindible en España. Encerrados los jóvenes en los Ateneos, ó perdiendo su juventud y sus estudios en divagaciones de café, la política española se hizo patrimonio exclusivo de los viejos.

Cuando un hombre á los cuarenta años llegaba á ministro, lo extraordinario del caso asombraba á la gente. La noción que todos tenían de la inutilidad de la juventud justificaba el asombro. Licenciada la juventud después del período revolucionario, ya no volvió á dar señales de vida. Ella miraba con horror la política, juzgándola muy por debajo de los hombres que piensan, estudian y tienen ideas. Los muchachos sólo cifraban sus esperanzas en una carrera ó en un destino. Y así estuvo todo hasta que los hechos han demostrado que la política en manos de los viejos, sin saludables aires, sin la sustancia de lo que se moldea en las Universidades y centros de cultura modernos, era un peligro para el individuo y para la Patria. Entonces se hizo un llamamiento apremiante á la juventud, y ya se ve cómo se la trata cuando se asoma á la realidad.

Que fracase ó no la «Joven España», su intento es excelente, y como tal debe loarse sin reservar. Defensores sobran ya, por desgracia. Lo que hace falta son hombres que trabajen resueltamente, que se interesen por algo y que no concreten sus aspiraciones á ser pesimistas siempre ó á juzgar las cosas con el desvío de los superhombres. Nuestra juventud hace bien en lanzarse á la lucha. Si ella no triunfa, quedarán sus ideas como recompensa del vencimiento, y eso ya es bastante. En la lucha, por lo menos, se aprovechará lo aprendido por la gente moza en las Universidades y Ateneos, todo lo que poseamos de cultura moderna, y que sólo sirvió hasta aquí para patencia de inútil á lo mejor de España ó para embaucar á una señorita analfabeta con buena dote.

GUSTAVO.

«Caravana de recuerdos.»

Por Julian Morales Ruiz

Llegado á nuestras manos el primer número del distinguido escritor manchego Morales Ruiz, de cuyo libro ofreció *El Porvenir* un trozo á sus lectores, pensamos hallar reflejado en él la melancolía soñadora, el spleen literario del joven periodista, anhelante de toda impresión y encerrado para su desgracia en la triste y expirante Ciudad-

Real, medio enervante y avasallador, bien poco apropiado por cierto, para el desenvolvimiento de un espíritu artístico tan notable como lo es, el de Morales Ruiz. (Las teorías de Darwin, son aun más aplicables á la psicología que á la Fisiología.)

Pero es cierto que quien lea Carabana y entiendo que serán muchos los que tengan ese buen gusto, se maravillarán de lo contrario; cada uno de los trabajos recopilados en él por su autor, es de índole completamente distinta á los demás y revela una impresionabilidad rara, por lo varia, servida fielmente por un léxico, si duro y concreto á veces en demasía, como corresponde á un buen habitante de nuestra estepa, abundante, correcto y perfectamente adecuado siempre.

Morales Ruiz, joven muy joven, tiene á mi juicio en su abono algo, que debe apreciarse en un positivo valor al presente y valorarse para lo futuro: es que huyendo de senderos fáciles, de los trillados senderos del plagio hace su labor literaria, á beneficio solo de sus aptitudes y nos cuenta la mayoría de las veces, solo el resultado de las voliciones causadas en su esquisita sensibilidad por las personas y las cosas por él observadas.

Esto que en escritores á el alborar, por su personalismo exagerado, puede tocar los límites de la pedantería, es en Morales Ruiz que sabe guardar una honesta distancia de ese vicio, un presagio gratísimo de triunfos ruidosos, presagios que solo pueden hacerse de literatos que lleven dentro madera suya propia, que el tiempo se encargará de pulir y exponer á los seguros aplausos del mundo literario.

Es en resumen, el primer libro de Morales Ruiz su entrada en el escalafón de los buenos literatos, en el que le guardan los ascensos merecidísimos á que se hace acreedor por su temperamento artístico y por su talento.

Así sea.

C. G. C.

La explotación en Bilbao

Ante el espectáculo, triste degradante, que la plutocracia bilbaína está dando con sus imposiciones brutales sobre tanto desgraciado ser, es llegada la hora de que cumpliendo con la más estricta justicia, que es el más elemental deber de un pueblo que su mayoría se titula demócrata, acabar de una vez con tanta tiranía, tanta soberbia y tanta ignominia.

Precisa cuanto antes concluir con el poderío de estos burgueses que han levantado tan enormes capitales, amasados con lágrimas y sangre. Se impone aniquilar á estos seres sin entrañas, que ya vemos con que frescura y desvergüenza se rien del gobierno, negándose á obedecer su intervención en las huelgas que inicia explotación originaria. Sin embargo, mientras los gobiernos demuestran su debilidad con tan repulsivos patronos, descargan en cambio sin compasión su furia, contra los infelices obreros.

Así que si cuanto antes no se pone coto á esta desproporción social, no solamente por lo que respecta á la diferencia económica, sino por la desconsideración política y personal en que las tienen sumidas á las clases proletarias, será cada vez más justificado el odio de una clase á otra; y el día que llegue el desquite de tanto sufrimiento, estará más que evidenciado, todo cuanto estas clases menesterosas realicen en reivindicación de sus derechos, por tantos y tantos siglos arrebatados y escarnecidos por los poderosos de todos los tiempos.

Pues, que, hay derecho en los pudientes, que ya que escarnecen tan villana y ruinalemente á los menesterosos, se crean todavía con la facultad á matarlos de hambre? ¿Y que esto se haga por los que blasonan de conculgar en una religión que se estableció para amarse los unos á los otros y con el fin sacrosanto de igualdad y de justicia! No es esto uno de los mayores escarnios, el que se llamen cristianos, quienes demuestran tener sentimientos de hiena y entrañas de chacal? Esto ni debe tolerarse, ni mucho menos consentirse; porque á final de cuentas, no vamos á saber quienes son los más culpables, si los que cometen tales tropelías y vilezas á nombre de una religión que no sienten, ó aquellos otros que lo consienten sin imponer un castigo ejemplar, llamándose defensores

de la libertad, de la igualdad y de la justicia.

La razón de un modo indiscutible está de parte de los huelguistas y nosotros los que nos llamamos defensores de la misma, debemos prestarles nuestro apoyo moral y material, para que estos triunfen por cima de sus inicuos explotadores. ¡Frente á la infamia la fuerza! No debe consentirse se mire al hombre como ser inferior por el mismo hombre.

Hay que ayudar á los huelguistas de Bilbao con todos los medios que estén á nuestro alcance, ya que tanto interés ha despertado en toda España esta huelga tan justa, nosotros debemos aportar nuestro grano de arena para el sostenimiento de esos honrados trabajadores.

Espero que esta vez habrá quien oiga: de la iniciativa para otros pues ya que tratando en otra ocasión desde estas columnas, sobre el servicio obligatorio, ni me oyó el Presidente del Círculo Republicano, ni el de El Centro Obrero, ahora tengo la completísima seguridad que el digno jefe del Partido Republicano de esta localidad que tantas pruebas viene dando de altruismo y de su acendrado amor al proletariado, ha de oírme.

¡Abajo la tiranía! ¡Viva el trabajo!

PEDRO V. GOMEZ.

A los Republicanos

La junta directiva del Círculo de Unión Republicana hace público que ateniéndose á el artículo número 62 del reglamento por que se rige esta sociedad, los republicanos que se inscriban en el censo del partido y no tengan recursos para poder hacer efectivo el dividendo mensual establecido, pueden dirigirse á dicha junta, la que los proveerá de una tarjeta-pase que las dará los derechos de socios eventuales solo con la obligación de suscribirse con la cuota mínima de 25 céntimos mensuales.

El Presidente, F. BARCHINO.—El Secretario, J. RUIZ.

Contagio

Al entrar, ayer tarde á las seis, dice Juana á su marido:

—Tu sabes, Lucía Peirvuet... mi compañera de colegio... Luisa con quien pasé ayer la tarde... pues bien está gravísima, hace tiempo, se resentía de dolores en la espalda. No se preocupó la pobre pequeñal. Esta mañana ha tenido un vomito de sangre... Es una enferma de tuberculosis... Como le ha venido? No lo sabe... Sin duda un contagio. Si, si, parece que es contagiosísimo, muy contagioso!

Pedro sin poner gran atención en las palabras de su mujer, dijo magnanimamente. Si parece que es muy contagioso.

Una hora después, á las siete, Pedro y Juana cruzaban de nuevo algunas frases sobre la salud de Lucía Peirvuet. Les apena su estado: subitamente Juana se toca la espalda.

—Que tienes? le pregunta Pedro.

—Oh nada nada...

Al poco rato añade:

Quizas me equivoque... Pero me parece que tengo un vago punto doloroso en la espalda... Esto no no será nada... Sin duda.

No vuelven hablar de la salud de Lucía.

A las ocho, como herida de repente, Juana lleva la mano precipitadamente á un omoplato, y exhala un ¡ay! quejumbroso.

Inquieto Pedro le pregunta. Te duele querida mía?

Con acento de resignación como si previamente le hubiera dicho «mis días están contados, esperaremos el triste fin» ella le contesta.

—Si es mi dolor de espalda.

Pedro comprende que no hay derecho ha titubear.

—Mañana iremos á ver á un médico Juana.

Al día siguiente, Pedro hojeó el «Tout Paris» del capítulo *Docteurs-*